

LA CONFERENCIA DE LA HABANA

Por **EDUARDO HARO TECGLEN**

L nombre de O. L. A. S. que se ha dado a la reunión de La Habana es, sin duda, algo más que unas siglas —las de Organización Latino Americana de Solidaridad—; es un símbolo. Se han levantado olas tempestuosas de revolución. Olas encontradas, movidas por corrientes profundas. De este tremendo maremoto se pueden sacar, en un primer examen, tres consecuencias principales. Se pueden observar tres movimientos. El primero, el de su propio objetivo: la configuración creciente del combate revolucionario en América. La segunda, las disensiones entre delegados acerca de cómo conducir con mayor eficacia este combate. La tercera representa un nuevo e importante episodio en la actual crisis ideológica del comunismo, en la manera de elegir las opciones comunistas frente al mundo capitalista.

El movimiento de guerrillas se extiende por América Latina; se centra, sobre todo, en algunos países, como ahora en Bolivia, en Colombia. Desde el Departamento de Estado, desde la CIA, desde la Casa Blanca, se ve la obra de Cuba, de Fidel Castro; claramente, en su duro discurso de fin de conferencia, en la moción presentada por los delegados cubanos, Fidel Castro adopta la tesis de la revolución violenta, de la lucha armada. La adopta frente a algunos delegados hispanoamericanos; la adopta, y éste es un hecho importante, frente a la URSS. La actitud militante no es solamente verbal. La presencia de «Che» Guevara al frente de grupos guerrilleros, que parece claramente comprobada, es una muestra de ello. Pero si yo fuese Dean Rusk, si yo fuese Johnson, o si yo fuese Kossiguin, no me dejaría llevar por la vieja y desacreditada tesis de la «subversión organizada desde el exterior». «Che» Guevara anunciaba ya hace tiempo: «La guerra será continental. Habrá muchos frentes, costará mucha sangre. No debemos temer la violencia: es la partera de las nuevas sociedades». Regis Debray —actualmente prisionero en Bolivia, en espera de un juicio en el que probablemente será condenado, a pesar de la intervención en su favor del General De Gaulle y de toda la prensa mundial— escribía en uno de sus reportajes sobre las guerrillas que «la lucha armada parece tener razones que la teoría no conoce». Castro, en su discurso de clausura, ha proclamado la revolución violenta y ha atacado directa y claramente a la URSS por no prestarle su ayuda, por tratar de retardar esos movimientos y por prestar ayuda económica a países anticomunistas (muy especialmente a Chile, donde se realiza un experimento de democracia cristiana, que para algunos revolucionarios americanos representa una modalidad más de contención del comunismo).

Hay que suponer que la relativa y reticente actitud de la URSS con respecto a los países árabes agredidos por Israel ha podido influir mucho en la actitud de Fidel Castro, que guardaba ya bastantes amarguras de la «crisis del Caribe», cuando Kruschchev pactó con los Estados Unidos para la retirada de los cohetes atómicos que había situado en Cuba. Es indudable que aquella actitud favoreció finalmente a Cuba, que pudo así evitar una invasión armada de los Estados Unidos, mejoró la situación del mundo y creó un gran avance en la tesis de la coexistencia pacífica; es probable, o se puede imaginar, en a la larga —en una larga histórica— la posición tomada por la URSS con respecto a los países árabes puede ser objetivamente favorable. Pero es también irremediable que quien es directamente

víctima de una situación se siente defraudado por el abandono y no tenga en cuenta los problemas de la coexistencia.

Para la URSS el problema revolucionario de Hispanoamérica se centra en un cierto pesimismo acerca del éxito de los movimientos guerrilleros. Las fuerzas militares de los países afectados, dispuestos —también con disensiones internas a unirse entre sí, y, en último caso, la intervención directa de los Estados Unidos, cuya voluntad en ese sentido se demostró con el desembarco en Santo Domingo, podrían provocar una situación de dilema para la URSS: o abandonar a su suerte a los guerrilleros, con la inevitable caída de prestigio revolucionario, o la intervención a su favor, lo que supondría de nuevo el riesgo de guerra mundial y el abandono de la política de coexistencia. La «Pravda» de 31 de julio consideraba ya a las organizaciones revolucionarias americanas dispuestas a reunirse en La Habana de «grupúsculos izquierdizantes prochinos». En otros países comunistas de Europa han aparecido también críticas similares a la conferencia de La Habana y a las organizaciones revolucionarias americanas. Como era inevitable, estas críticas han producido vivas polémicas entre los delegados; unos, partidarios de la violencia; otros, de la moderación y la penetración lenta.

Castro, en su discurso de clausura de la conferencia de la O. L. A. S., adoptó la tesis de la revolución violenta en Latinoamérica; la tesis de la lucha armada. Con ello se enfrenta a la postura de coexistencia de la Unión Soviética. En la fotografía, una delegación cubana, presidida por Dorticós, reunida con los dirigentes soviéticos, entre los que se encuentran Mikoyan, Brejnev y Kossiguin, en la época de mayor coincidencia entre Moscú y La Habana. (Foto ARCHIVO)



La toma de posición cubana frente a la moderación de la URSS y junto a la idea de violencia ha estallado como un latigazo. Se presumía que Cuba iba a mantener una situación moderadora, o al menos conciliante: no ha sido así. Y se ha llegado a un texto de resolución final en el que se declara que «la lucha armada constituye la línea fundamental de la revolución en América Latina», aunque para complacer a los moderados se incluya también la idea de que pueden considerarse «otras formas de lucha» en algunos países —en aquellos donde las «condiciones objetivas» no hacen prever un éxito de las guerrillas, o donde la tendencia del partido comunista local es la de alinearse con la política general de coexistencia emanada de la URSS— siempre que esas otras formas de lucha «no retrasen la lucha armada».

En ese texto se sientan las bases de doctrina de la actitud de revolución violenta. «Las condiciones que existen en la mayoría de los países latinoamericanos son las mismas que prevalecían en Rusia y en China durante los años que precedían a la revolución»; permiten mantener una «vanguardia revolucionaria audaz» en las montañas —las guerrillas— que estén en continuo contacto con los campesinos y el proletariado urbano; «los pueblos disponen de un potencial revolucionario enorme», y la vanguardia podría canalizarlo, lo cual requiere «que se desencadene la violencia revolucionaria para replicar a la violencia reaccionaria», utilizando las experiencias de la revolución cubana y la acumulada «por cinco años de experiencias de los revolucionarios en el mundo», que demuestran que «la guerrilla es el método fundamental y la forma más adecuada para realizar la guerra revolucionaria, expresión auténtica de la lucha armada».

Se trata de una declaración de guerra, en la cual influye notablemente la situación en el Vietnam —citada por Castro y por numerosos delegados en la O.L.A.S.—. Frente a los temores de la URSS de que una acción violenta puede comprometer el éxito final, los «duros»

esgrimen el ejemplo vietnamita, con el que aparecen ciertos puntos de contacto, como un sentimiento de nacionalismo frente a la intervención extranjera y una organización de guerrillas frente a las cuales resultan impotentes los medios mecánicos y los ejércitos regulares. ¿Pueden crearse en América dos, tres «vietnams», quizá uno sólo? Ello será suficiente —dicen los defensores de esa teoría— para quebrar el poder de los Estados Unidos; sólo la lejana guerra del Vietnam ha bastado para crearle graves perturbaciones económicas, para dividir la nación, para poner en riesgo al presidente Johnson, para aislar de sus aliados a los Estados Unidos. Coincidente el problema negro —que tuvo en La Habana un episodio importante, el del discurso de Carmichael— provoca una situación de debilidad en la que la apertura de un nuevo frente guerrillero podría ser decisiva.

Al margen de teorías, doctrinas, profecías o discusiones, el hecho es que una serie de elementos revolucionarios están ya sueltos en los países americanos y que va a ser muy difícil sujetarlos, ni por Washington ni por Moscú. La única medida posible hubiera sido la de una rápida elevación del nivel de vida y de la situación de las masas americanas. Hubo un cierto intento por parte de Kennedy, pero se estrelló con la tremenda incultura política de ciertas capas sociales hispanoamericanas; se estrelló con los enormes intereses de los Estados Unidos y, finalmente, con el asesinato del propio Kennedy, tras el cual empezó una nueva era de violencia contrarrevolucionaria, a la que sucede esta era de violencia revolucionaria. La misma experiencia de Chile, única que realmente ha prevalecido, mientras en los demás países se regresaba a los regímenes dictatoriales —en general—, tropezó también con enormes dificultades. Se podría preguntar si aún es tiempo de regresar a una política de justicia social, en el caso de que se supusiera que los dirigentes —incluyendo entre ellos, predominantemente, a la Casa Blanca —están dispuestos a adoptarla.

